

¿Mestizaje de géneros para eliminar la violencia?

La escuela, y sus aulas, conforman sociedades en las que los problemas de convivencia surgen a diario. Evitar que se repitan las prácticas discriminatorias implica desarrollar en la escuela actitudes de igualdad y respeto a la diferencia que determinarán el futuro comportamiento de la ciudadanía. Este artículo profundiza la reflexión sobre la intolerancia y la exclusión de género.

VIOLETA BARRIENTOS SILVA

Abogada y escritora. Doctora en Estudios hispánicos y latinoamericanos

Las políticas de género han ido extendiéndose por el mundo desde el siglo pasado, gracias a las Naciones Unidas y sus agencias y al esfuerzo de los movimientos nacionales de mujeres que han procurado mantener los avances, que se pueden considerar recientes. No fue sino en el siglo XX cuando se inició el reconocimiento de los derechos de la mujer, que empezaron siendo abstractos y políticos para hacer luego, hacia la década de la mujer en los setenta, un énfasis en la violencia que ella sufría. El espectro de derechos fue cubriendo así desde los políticos —más incorpóreos y esporádicos—, como aquél al voto, hasta otros derechos necesarísimos que la protegían en su quehacer diario.

La violencia no es sino la expresión extrema de la desigualdad. Ésta, que empieza manifestándose por la discriminación, va calando poco a poco hasta convertirse en violencia psíquica, física, feminicidio o crimen de odio. Es la evolución que hemos visto tomar cuerpo en

todo grupo social subalterno, extraño al grupo hegemónico definido a grandes trazos como “blanco, occidental, cristiano y masculino”. ¿Cómo evitar entonces la discriminación y la violencia contra las mujeres que han sido parte de nuestra conducta social durante milenios, al punto que se ha naturalizado?

No es fácil desmontar un sistema de prejuicios que sostiene la desigualdad y que se mantiene gracias a repeticiones en el aparato simbólico y a sumisiones en el aparato económico. De hecho, la experiencia histórica nos muestra que la lucha de los grupos subalternos ha tropezado con obstáculos racionales —como teorías científicas, filosóficas o religiosas— paradójicamente irracionales. Los nativos de América Latina fueron imaginados sin alma, así como los esclavos negros o las mujeres. Todo ello para justificar de alguna forma y perennizar su ubicación en la base de la pirámide social. El mestizaje, la mezcla entre miembros del grupo hegemónico y el grupo subalterno, ha ayudado en ocasiones a superar la división entre ambos. Propiciar la disolución de esas diferencias es cuestión ardua de lograr mediante políticas públicas, y por lo general ha desatado miedos que son comprensibles cuando se cree que de la noche a

la mañana el mundo estará al revés. Hace apenas 40 años, el matrimonio entre afrodescendientes y blancos estaba prohibido en parte de los Estados Unidos, así como la admisión a espacios exclusivos del grupo hegemónico, como los ámbitos de saber o los políticos. Las mujeres fueron admitidas en la educación superior o las bibliotecas solo a inicios del siglo XX, y el voto de los analfabetos en el Perú llegó apenas en los años 80. Excluir de determinadas esferas a un grupo social no es sino una de las formas de aminorar a ese grupo social respecto de otro que goza de todos los derechos y manda en la sociedad.

Temor semejante puede causar hoy en día hablar de un “mestizaje” o mezcla de géneros en los diferentes aspectos de la vida social. Se defiende el “cómo debe ser” un hombre o el “cómo debe ser” una mujer, la separación rígida de los sexos.¹ Al igual que siempre, se esgrimen argumentos científicos, filosóficos y religiosos. De lo que se trata es de una lucha más bien ideológica entre posiciones igualitaristas y aquéllas conservadoras de una tradición. Esta oposición se ha hecho más tensa en el momento actual debido a dos circunstancias del contexto: por un lado, el movimiento internacional de mujeres reclama derechos en dos áreas en las que hay también violencia contra ellas: la de la sexualidad y la de la reproducción; y, por otro lado, la pandemia del VIH/sida ha obligado a sacar a luz una invisibilizada sexualidad, convirtiéndola en materia de debate internacional y políticas públicas de educación.

La escuela, como reproductora de un modelo de vida valorado por la sociedad, pero también como agente de cambio cuya labor puede ser innovadora y crítica con miras a transformar la sociedad, es sin duda actor estratégico en la superación de desigualdades sociales y espacio de lucha entre posiciones igualitarias y conservadoras.

EMPEZAR DESDE LA ESCUELA Y LA FAMILIA

Cada vez es mayor la importancia que los organismos internacionales y especialistas asignan a la crianza y educación de los niños en el respeto y la convivencia entre

hombres y mujeres como factor clave en la superación de la discriminación y la violencia contra la mujer.² Si no se empieza temprano, después será demasiado tarde. Y lo cierto es que el mundo que nos rodea está cifrado por una significación que atañe a un afirmativo y a su contrario (hombre/mujer, blanco/negro, sucio/limpio) que se incrusta en el lenguaje que aprendemos, incluso desde una edad preescolar. La familia es un hábitat anterior a la escuela que cumple similares tareas a las que ésta desempeña, sea conservadora o transformadora. Ella es, por ende, otro espacio de disputa, por más que se desarrolle en un ámbito privado.³ Ocurre que los ámbitos privados no son territorios “privados” de la injerencia externa.

Como todo en la sociedad, los distintos elementos “públicos” o “privados” son atravesados por incidencias que vienen desde el Estado mediante mandatos o de discursos sociales provenientes de otras familias, de medios de comunicación, de iglesias y otros grupos. Así, es comprensible que el sistema sexo/género, entendido como los comportamientos sociales que llevan adelante hombres y mujeres, se replique o modifique según numerosas variables: la vida de familia, la escuela, los discursos de costumbres que se reciben a través de los medios, de las instituciones que propugnan valores de distinto contenido social (las iglesias, los movimientos políticos) y que están cercanas a nosotros, en nuestra vida cotidiana. Cuanto más cerca y frecuente sea el intercambio con estas instancias, cuanto más asimilados estén a nuestra afectividad e inteligencia, mayor capacidad de que calen en nuestra subjetividad influyendo en nuestra conducta. De ahí que al momento de programar una incidencia en materia de género y sexualidad en el ámbito educativo se debe, necesariamente, pensar en un intercambio entre escuela, familias y educandos.

1 Pese a ser parte fundante del mundo occidental, la Iglesia católica se muestra contraria a los discursos de igualdad de género en las Naciones Unidas, motivo que la lleva a negociar para el efecto con gobiernos dictatoriales antioccidentales en el seno de este organismo internacional. De igual manera, hace público su discurso relativo a la recuperación de la familia tradicional y acusa a las Naciones Unidas de promover la disolución de los sexos y, con ello, la homosexualidad (véase: <http://sociedad.elpais.com/sociedad/2011/01/02/actualidad/1293922805_850215.html>)

2 Especialistas inciden en el aprendizaje de la violencia por parte de los niños a través de los juegos de guerra, armas o el afán por la acción, mediante autos de juguete o competencias deportivas, al tiempo que se educa a las niñas en un acentuar su indefensión e incapacidad de competir y movilizarse. Otra cuestión importante que se debe modificar son los modelos y referentes. Es escasa la literatura o los símbolos que las niñas tienen para sí: héroes buenos o malos no son sino hombres, jamás mujeres.

3 Puede darse, así, el caso de roces entre el modelo escolar y el familiar, al ser la escuela un transmisor más adaptable a las políticas de Estado o universales que la familia, influenciada por una diferencia generacional o un discurso eclesiástico encargado de guardar una tradición. En algunos Estados, incluso —como México o Francia—, se ha adoptado una educación laica para asegurar una educación basada en derechos universales y no en tradiciones particulares. Sin embargo, ello no exime necesariamente de conservadurismo: una educación laica puede ser tan conservadora como una religiosa, libertaria.

EL GÉNERO HOY

Los nuevos enfoques de género han revelado que, contra lo que se creía —que se nacía hombre o mujer y se adquirirían roles de lo femenino o masculino—, no son los cuerpos los determinantes de qué rol social se adquirirá a futuro, sino que éste depende de la matriz cultural que signa a los cuerpos. Esto hace que cuerpos femeninos o masculinos no se correspondan rígidamente con un comportamiento que sería “biológico”, sino que, sobre todo, estarían influenciados por el entorno. Así, los modelos de *hombre* y *mujer* en una cultura no necesariamente se corresponden a los de otra, ni a lo largo del tiempo un hombre o una mujer guardarán sus mismas características. Ambos sexos mezclan características, lo que hace posible una suerte de “mestizaje” de géneros.

El enfoque de género hace hincapié en el aspecto *cultural* del “ser hombre” o “ser mujer”, pues —como lo señalaba al inicio— a través de los siglos se hace difícil distinguir lo natural de aquello que por su perpetuidad es cultural pero se ha naturalizado; sin olvidar que la mejor forma de hacer permanecer a un sujeto subalterno en su lugar ha sido convirtiendo en biológicas características que son más bien resultado de un proceso histórico de exclusión.⁴ Por otro lado, la evolución de los estudios de masculinidades —a partir de la creciente ocupación de espacios públicos por las mujeres y el develamiento de las sexualidades masculinas dada la pandemia del sida— ha hecho posible preguntarse acerca de los cambios en el modo de ser masculino que no necesariamente estén asentados en la dominación del sexo opuesto y la violencia entre iguales.

LAS DICOTOMÍAS MASCULINO/FEMENINO COMO FACTOR DE VIOLENCIA

Como corolario de esta discusión actual, el tema de la sexualidad ha saltado a la palestra. Estudios recientes

4 Así, por ejemplo, en el Perú se recordarán los discursos racistas que impugnaban la presencia del indio en la educación y otros desempeños de los que siempre se los mantuvo al margen. Se apelaba a su ignorancia, suciedad, fortaleza física, productos históricos de su maltrato, con condiciones que jamás cambiarían por “raza”. Lo mismo para los afrodescendientes. En el caso de las mujeres, siempre destinadas a servir en sus casas sin remuneración, se las consideraba ineptas para recibir educación y desempeñarse en otro tipo de labores, o marginadas por ello también de espacios recreativos, pues solo el sujeto cuyo trabajo es reconocido tiene el derecho al descanso y a la recreación. Hoy en día se articulan discursos similares ante los homosexuales, de quienes se afirma son por esencia “promiscuos y exhibicionistas”, cuando ello también es resultado de su proceso histórico de marginación afectiva e invisibilidad.

llevados a cabo por la Unesco sobre el *bullying* escolar revelan un porcentaje de casos de alumnos víctimas de homofobia por confesar ellos mismos tener una orientación sexual distinta de la heterosexual.⁵

Diversas investigaciones de campo dan cuenta de que, incluso siendo heterosexuales, el no obedecer a un patrón rígido de lo femenino o masculino puede ser causa de *bullying*. Ello era posible aún más en contextos donde la diversidad de sujetos y modos de conducta es poco visible y, por lo tanto, la intolerancia y resistencia a lo “extraño” es mayor. La rigidez de los géneros, obviamente, obligaría a cada uno a permanecer en su lugar: a las mujeres en su sumisión a lo masculino y a los hombres en la imposición de su fuerza sobre el conjunto social, de modo que se clausuraban las salidas de la violencia contra la mujer, al tiempo de fortalecer el *bullying* homofóbico escolar.

Y es que la violencia contra la mujer y la homofobia son caras de la misma moneda. Son piezas del sistema sexo/género que se apoyan una a otra. Los hombres, como grupo social, heredan el mandato de estar a la cabeza de su progenie y competir por ello. Quienes se alejen de dicho modelo serán puestos de lado o disciplinados hasta con la violencia. De igual forma en el caso de las mujeres, que para asumir sus roles no solo necesitan de la violencia como castigo, sino que también reciben premios. Ser “señora de” puede ser mucho más retribuido socialmente que ser “señora de nadie”. En el pasado no se concebía una mujer sola sin sospecha de mala reputación.

Muchos son los cambios, entonces, que estos últimos años han traído a las conductas que se aprenden como roles de género una seguidilla iniciada no solo con las conquistas de derechos de la mujer sino también con los avances que significaron derechos por sobre el racismo, las diferencias religiosas, etcétera, luego de la Segunda Guerra Mundial. Nótese en la evolución la presencia del cuerpo: de derechos políticos se ha progresado hacia derechos relativos al color de piel, al sexo y, hoy en día, al género y la sexualidad. Todos ellos encaminados a la búsqueda de la igualdad de diferentes sujetos que estuvieron limitados por sus características “biológicas” y destinados a frenar también una violencia que es el último peldaño al que llega la intolerancia. 🗨️

5 Dada la novedad del tema, puede consultarse la página de Unesco dedicada a la materia del *bullying* homofóbico en: <<http://www.unesco.org/new/en/education/themes/leading-the-international-agenda/health-education/homophobic-bullying/>>.